

CAPITULO II

GENERO Y DESASTRES: UNA INTRODUCCION CONCEPTUAL

2.1. Género y Sociología de los Desastres

La evolución de las percepciones en materia de desastres ha estado atravesada siempre por la dimensión de género, si bien no precisamente enfocada desde lo que hoy regularmente se entiende por una perspectiva de género. En efecto, desde el origen de la percepción más apegada a las ciencias físicas se ha oscilado entre dos posiciones respecto a la participación de las mujeres en los procesos de desastre. La primera, que acepta implícita o explícitamente que los desastres no afectan de igual forma a mujeres y hombres, asume que la población femenina constituye un grupo altamente vulnerable (asociada regularmente a niños y ancianos). La segunda, simplemente considera que los desastres golpean a la población adulta sin distinción de género, por lo que tanto la información como las acciones gruesas de respuesta no necesitan ser desagregadas.

Ciertamente, una óptica sobre desastres que pone el acento en los aspectos de infraestructura es más compatible con la citada visión oscilante. De igual forma, una percepción más social del desastre, que basa la respuesta en la participación comunitaria, es más compatible con un enfoque de género. No obstante, el avance de esta perspectiva sobre la primera no ha significado en los hechos un adelanto paralelo en la consideración de la dimensión de género en los desastres.

La explicación de esta ausencia refiere a cada uno de los dos ámbitos de intervención en la materia. Del lado de quienes trabajan por la promoción de la mujer y la equidad de género, ya se mencionó que el problema central es la inexistente reflexión sobre la temática de desastres. Pero también es importante consignar que desde los años setenta hasta hoy, cuando esta reflexión tenía lugar era únicamente para considerar la vulnerabilidad de las mujeres en las situaciones de desastre. Por esta razón, ha sido frecuente observar la coincidencia entre una óptica fiscalista de los desastres (la que considera especialmente vulnerables a las mujeres) y el tratamiento hecho por mujeres y grupos de mujeres sobre cómo son afectadas las mujeres en los desastres.

Por el otro lado, desde el ámbito de la sociología de los desastres, la ausencia de reflexión sobre género y desastres tiene una explicación más compleja. El empeño puesto en demostrar que los desastres no son naturales y que la respuesta a los mismos debe basarse en la organización social, parece haber dejado por fuera consideraciones “secundarias” como es la que se refiere a la perspectiva de género. Incluso resulta curioso comprobar que algunos autores de este ámbito coinciden frecuentemente con la otra visión fiscalista (la que considera que los desastres afectan a todos los adultos por igual).

Es a fines de los ochenta cuando comienza a emerger una percepción más ligada a la corriente moderna de género y desarrollo. Esta visión se basa en tres supuestos. a) las diferencias de género son importantes antes, durante y después de los desastres. b) las mujeres no son un grupo especialmente vulnerable sino que son agentes con vulnerabilidades y capacidades (buena parte de ellas distintas a las de los hombres), y c) los desastres no son necesariamente inocuos respecto de las relaciones de género, sino que pueden tener efectos positivos y negativos respecto de la situación inmediatamente antes del desastre.

Sobre el primer supuesto existe un consenso generalizado en torno a que mujeres y hombres no llegan al desastre en idénticas condiciones. Esto no se refiere únicamente a las diferencias biológicas y de género que caracteriza a ambos, sino también a que estas diferencias se establecen dentro de un orden jerárquico (que significa, por ejemplo, que las mujeres regularmente tengan un acceso menor a los recursos). Asimismo, existe una creciente percepción de que mujeres y hombres no reaccionan de forma similar en muchos aspectos referidos al impacto de los desastres y a la respuesta subsiguiente.

El segundo supuesto partió de la observación en la práctica de que las mujeres mostraban diversos tipos de capacidades en las respuestas dadas a las situaciones de desastre. La sistematización de esta observación -hecha sobre todo por Mary B. Anderson- indicó rápidamente que las mujeres también eran agentes y no simplemente objetos pasivos o víctimas del impacto de los desastres, pudiéndose así subrayar las capacidades y vulnerabilidades de las mujeres, con frecuencia diferentes a las de los hombres.

El tercer supuesto retoma una idea central en el enfoque actual de la gestión de riesgos: los desastres, en tanto crisis agudas, plantean situaciones abiertas que, precisamente por romper dinámicas establecidas, pueden suponer simplemente un retroceso o bien un nuevo punto de partida desde mejores parámetros. Dicho en breve, el desastre suele ser a la vez pérdida y oportunidad. Esta idea trasladada a la temática de género puede formularse de la manera siguiente: los desastres no inventan unas determinadas relaciones de género, las cuales estaban allí antes de que sucediera la crisis, pero el efecto del desastre puede hacer retroceder, reproducir o hacer avanzar la equidad de género, dependiendo de una serie de variables, algunas de las cuales son espontáneas y otras son buscadas voluntariamente.

Esta nueva perspectiva general puede traducirse en un modelo conceptual de análisis. De hecho, esfuerzos en esa dirección son los que se quieren mostrar en este capítulo. Pero, antes de reflexionar sobre este tipo de sistematizaciones, parece conveniente realizar una breve retrospectiva en el otro campo, revisando aquellos aspectos de la concepción de género que son particularmente relevantes para el tratamiento de los desastres (y de interés para quienes se ocupan de esta temática).

2.2. La dimensión de género de los desastres

El hecho de que mujeres y hombres no se encuentren en idénticas condiciones cuando llega un desastre o que éste no tenga el mismo impacto en unas y otros y, sobre todo, que hombres y mujeres no respondan de la misma manera ante la emergencia, no es algo que

dependa simplemente de las diferencias biológicas entre ambos sexos. La biología no determina quién tiene la propiedad de la vivienda destruida ni quién tiene el conocimiento ni la habilidad de preparar alimentos. Si los hombres son con mayor frecuencia propietarios de las viviendas y las mujeres, regularmente, saben preparar mejor la comida, se debe fundamentalmente a que la sociedad ha asignado diferentes aprendizajes, condiciones y papeles a quienes nacen mujeres y a quienes nacen hombres

Explicitada con diferentes matices, ésta es en esencia la naturaleza de la categoría de género: una construcción social que otorga representaciones, símbolos y prácticas al hecho biológico de la diferencia sexual. Así, en términos epistemológicos, la teoría de género es la que utiliza esta categoría como herramienta heurística central (Gomáriz, 1992). En términos políticos, el hecho de que sea una construcción social permite pensar que su modificación depende de las relaciones sociales.

Tomar en cuenta las anteriores consideraciones supondría un punto de partida básico para la gestión de riesgos y el manejo de desastres. Pero, como sostiene Judy El-Bushra, para captar más apropiadamente las vulnerabilidades y las capacidades de mujeres y hombres en los desastres actuales, deben subrayarse algunos elementos que forman parte de la perspectiva de género. Esta autora (El-Bushra, 1998, p. 26) enfatiza los siguientes puntos:

- Las sociedades varían, por lo que debemos evitar preconcepciones sobre qué tipo de relaciones de género existirán en un lugar determinado y en un tiempo dado. Por ejemplo, en el pueblo sudanés de Kassala, hay un grupo étnico en el que las mujeres son económicamente muy activas, comercializan sus propios productos y tienen manejo monetario. Sin embargo, hay otro grupo que vive en el mismo pueblo donde resulta muy raro que las mujeres adquieran un empleo o generen sus propios ingresos. Esto es, sería erróneo presumir que todas las mujeres de Kassala tienen el mismo papel productivo.
- El análisis de género no sólo incluye a las mujeres, sino que se refiere a mujeres y a hombres, así como a sus relaciones en un determinado contexto social. Mujeres y hombres constituyen la sociedad como conjunto y hay una serie de interconexiones entre ambos, que implica que muchos problemas no pueden resolverse tomando aisladamente las unas o los otros.
- Las relaciones de género son también relaciones de poder. Dichas relaciones se han construido jerárquicamente y desde una visión androcéntrica. Ello no significa que las mujeres carezcan por completo de esferas de poder en sus relaciones con los hombres, aunque se mantenga la predominancia de estos últimos. Por otra parte, también hay relaciones de poder intragenéricas, establecidas entre unos hombres y otros, así como entre las mujeres.
- En el trabajo para impulsar el desarrollo, el género es, por un lado, un prisma de análisis que nos permite captar mejor las relaciones sociales y, por el otro, un objetivo a lograr en términos de equidad social.

- Lo anterior sigue siendo válido en el caso específico de los desastres y las emergencias, donde mujeres y hombres contribuyen a la cohesión y a la supervivencia de la sociedad bajo amenaza.

A estos elementos podrían agregarse algunas observaciones más, que incrementan la adecuada percepción de capacidades y vulnerabilidades que presentan hombres y mujeres ante las crisis. Una primera se refiere a la relación entre diferencias biológicas y atribuciones de género. El desarrollo de la teoría de género (especialmente tras el surgimiento del feminismo de la diferencia), ha señalado que el aumento de la equidad no implica una igualdad biológica entre mujeres y hombres. Dicho de otra forma, mayor equidad no entraña menos diversidad. Las diferencias entre mujeres y hombres se perciben hoy al interior de un abanico, cuyos extremos son, por un lado, lo biológico y, por el otro, lo cultural, existiendo todo un espacio en el que ambos aspectos se solapan. Esta visión más amplia de la relación entre sexo y género facilita captar de manera más flexible las diferencias y semejanzas que presentan hombres y mujeres en cuanto a sus vulnerabilidades y capacidades en situaciones de desastres.

Una segunda observación tiene que ver con la evidencia de los cambios que se han producido en las condiciones de género, especialmente en las mujeres. Judy El-Bushra sostiene que “el concepto de género es claramente dinámico: podríamos pensar en múltiples ejemplos de cómo han cambiado las relaciones de género, si comparamos nuestras vidas con las de nuestros padres” (1998, p. 26).

En América Latina, al concluir el siglo puede apreciarse un cambio notable en el perfil sociodemográfico de su población femenina. En 1970 las mujeres latinoamericanas presentaban promedios que reflejaban una alta fecundidad (tasa global de cinco hijos por mujer), una mortalidad mediana y una esperanza de vida en torno a los 60 años (dos años por encima de la de los varones); su nivel educativo era apreciablemente más bajo que el de los varones: en torno a un tercio de la matrícula secundaria y un cuarto de la universitaria; presentaban un bajo registro laboral, alrededor de un cuarto de la PEA; las amparaba una legislación altamente discriminatoria y existía una ausencia de referencias culturales a favor de la igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres.

Hoy, treinta años después, las mujeres de América Latina presentan una fecundidad entre baja y mediana (tasa global de tres hijos por mujer), una baja mortalidad y una esperanza de vida en torno a los 70 años (cuatro años por encima de la de los varones); en el campo educativo han experimentado una auténtica revolución silenciosa: ya hay más mujeres en la región con estudios secundarios concluidos y han alcanzado, incluso superan, a los hombres en la matrícula universitaria; experimentan un creciente registro laboral, superando el tercio de la PEA y creciendo de una manera estructural, lo que hace suponer que serán la mitad de la fuerza laboral en la segunda década del próximo siglo; la legislación ha suprimido las discriminaciones fundamentales entre mujeres y hombres y hay una manifiesta presencia de referencias culturales de género en los medios de comunicación y la producción artística y simbólica de sus países.

Un fenómeno notable de esta mutación sociodemográfica es que la misma se ha producido pese a un cambio mucho más lento en la transformación de las relaciones de género. Ello significa que ciertos intereses estratégicos de las mujeres no se han traducido en práctica social: en estos treinta años la proporción de mujeres en los órganos legislativos latinoamericanos apenas ha crecido en tres puntos porcentuales. El crecimiento de la participación femenina en el mercado laboral y el hecho de que la PEA femenina tenga ya una proporción de técnicos y profesionales más alta que la masculina, no se ha traducido en un aumento sustantivo de la cantidad de mujeres en puestos gerenciales y directivos, así como no guarda relación con el lento crecimiento de los salarios e ingresos en relación con los de los hombres.

Esta aparente paradoja entre las fuertes transformaciones de la población femenina y el avance más lento en la equidad de género, suele inducir a varios tipos de confusiones. Por una parte, es frecuente encontrar planificadores sociales, sobre todo varones, que consideran innecesaria la acción a favor de la equidad de género, puesto que las mujeres ya están cambiando (desde luego, no se preguntan si los hombres han experimentado ese cambio y menos aún, si se han transformado las relaciones de género). Por otra parte, es frecuente encontrar organizaciones de mujeres que no reconocen las modificaciones de la población femenina, manteniendo así la imagen que caracterizaba a las mujeres latinoamericanas treinta años atrás (algo que tiende a asociarse fácilmente con la idea de las mujeres como grupo vulnerable).

Sin embargo, es precisamente el reconocimiento de estos cambios y de su problematización, lo que permite encarar más acertadamente el efecto que los desastres tienen sobre mujeres y hombres, así como la respuesta de unas y otros. En efecto, no puede extrañar que haya un número creciente de mujeres que coordinen albergues o que controlen el reparto de alimentos en las zonas siniestradas, si pensamos, por ejemplo, que en muchas regiones rurales de Centroamérica el nivel educativo de las mujeres se ha incrementado apreciablemente, así como su participación comunal. Tampoco puede asombrar que, pese a demostrar estas capacidades, la entrega de nuevas viviendas siga haciéndose en muchos lugares a nombre exclusivamente del hombre.

En conclusión, la reflexión en materia de género resulta un componente sustantivo de la sociología del desastre. El cruce de ambas temáticas es lo que ha permitido a algunos autores proponer modelos de análisis, como los que se describen a continuación.

2.3. El Análisis Vulnerabilidades/ Capacidades (AVC)

Este modelo de análisis fue planteado por Mary B. Anderson y Peter J. Woodrow (1989) y busca ofrecer una sistematización de la percepción diagnóstica, así como del proceso de planificación. El método consiste en reconocer las capacidades (o fortalezas) de los individuos y grupos sociales, así como sus vulnerabilidades (o debilidades), en los distintos campos en que se desarrolla la vida personal y comunitaria.

2.3.1. Vulnerabilidades

Anderson y Woodrow inician su descripción partiendo de que “se exploran las vulnerabilidades en orden a entender por qué tiene lugar el desastre y su impacto, por qué afecta más a determinados grupos y cómo estimar el riesgo de futuros desastres” (Anderson y Woodrow, 1989: 10). Refieren a los factores que debilitan la resistencia y la respuesta de las comunidades o los individuos a los fenómenos que pueden iniciar los desastres.

Estos autores ponen énfasis en distinguir entre vulnerabilidades y “necesidades”. “Las vulnerabilidades refieren a factores de largo plazo que afectan la posibilidad de las comunidades de manejar fenómenos o que las hacen más susceptibles al desastre. Las necesidades, tal como se usa el término en las situaciones de desastre, refiere a los inmediatos requerimientos para la sobrevivencia o la rehabilitación tras una calamidad” (Anderson y Woodrow, 1989: 10).

De esta forma, las vulnerabilidades preceden los desastres, contribuyen a su gravedad y debilitan la respuesta a los mismos, mientras las necesidades están determinadas por la propia crisis y son de corto y mediano plazo. Ciertamente, la insatisfacción de necesidades provocadas por un desastre puede transformarlas en vulnerabilidades a futuro, las cuales, a su vez, también pueden determinar el tipo de necesidades que surgirán tras un nuevo desastre.

2.3.2. Capacidades

De acuerdo a estos autores, “es necesario identificar capacidades en orden a conocer qué tipos de fortalezas existen en una sociedad –incluso entre la población afectada por el desastre- o cuáles de ellas es necesario fortalecer en el futuro” (Anderson y Woodrow, 1989: 11).

En realidad, el análisis de las capacidades es lo que permite el punto de partida para comprender la situación integral en que se encuentra una comunidad, no sólo porque nos indica, como reverso de la medalla, la verdadera dimensión de las vulnerabilidades, sino porque permite saber si el desarrollo de ciertas capacidades puede compensar otro tipo de vulnerabilidades.

2.3.3. Dimensiones generales de aplicación

Los citados autores plantean que las áreas generales donde aparecen las capacidades y vulnerabilidades son tres: a) de lo físico y material; b) de lo social y organizacional y c) de lo motivacional y actitudinal.

a) El campo de lo físico y material:

Refiere a los recursos productivos (tierra, agua, crédito), la infraestructura vial y de comunicaciones, tanto como a las condiciones de vida de la gente, en lo sanitario, alimenticio, habitacional, etc, y se extiende hasta el contexto ambiental y climático. Es quizás el aspecto más visible, desde el exterior de los efectos de un desastre.

b) El campo de lo social y organizacional:

Esta área incluye la organización social, las estructuras políticas, los sistemas locales, las formas de liderazgo, los grupos familiares y los propios sistemas formales e informales de distribución de bienes y servicios, tanto en ausencia como en situación de desastre.

Resulta evidente que una comunidad desorganizada o en conflicto tendrá más dificultades para enfrentar un desastre, pero, como recalcan los autores siempre hay que prestar atención a los mecanismos más básicos de reacción que puedan encontrarse como la estructura familiar, la existencia de grupos informales, etc.

c) El campo de lo motivacional y actitudinal:

Este campo guarda relación con los factores psicosociales y culturales y comprende la imagen que la comunidad tiene de si misma, de su capacidad de ayuda humanitaria, así como el imaginario sobre los desastres mismos. Es frecuente que las comunidades adopten visiones pasivas y fatalistas de los desastres e incluso de su capacidad para encararlos y recuperarse. Este factor suele olvidarse en los procesos de ayuda desde el exterior, tanto en lo que se refiere a las secuelas psicológicas de los desastres como a la necesidad de tomar en cuenta el imaginario preexistente.

El cruce del reconocimiento de vulnerabilidades y capacidades en estos tres campos descritos permite conformar una matriz que recoge más sistemáticamente la impresión diagnóstica y facilita la forma de intervención.

MATRIZ DE ANÁLISIS DE VULNERABILIDADES Y CAPACIDADES

	VULNERABILIDADES	CAPACIDADES
FÍSICAS/MATERIALES <i>¿Qué recursos productivos, habilidades y riesgos existen?</i>		
SOCIALES/ORGANIZATIVAS <i>¿Cuáles son las relaciones y formas de organización entre las personas?</i>		
MOTIVACIONES/ACTITUDES <i>¿Cómo ve la comunidad su capacidad para generar cambios?</i>		

Fuente: Anderson & Woodrow. *Rising from the Ashes*. Westview Press, 1989.

2.3.4. La desagregación por género

El modelo ACV puede emplearse desagregando el universo a estudiar en los segmentos que se designen. Eso quiere decir que puede desdoblarse la matriz en los distintos niveles socioeconómicos, grupos etáneos, sectores religiosos, grupos étnicos, etc. Para los autores, esta posibilidad tiene principal aplicación en la desagregación por género de la gestión del riesgo y el manejo de los desastres. Según ellos, “examinar las capacidades y vulnerabilidades de mujeres y hombres en las tres áreas generales es lo que permite la mejor programación en la respuesta a un desastre, así como para apoyar el desarrollo posterior”. (Anderson y Woodrow, 1989: 15).

La justificación de los autores de esta presunción, alude a los tres elementos que, como se vio, conforman una visión actualizada sobre la materia. En primer lugar, que las diferencias de género son importantes antes, durante y después de los desastres; en segundo lugar, que las mujeres no son un grupo especialmente vulnerable sino que son agentes con vulnerabilidades y capacidades (buena parte de ellas distintas a las de los hombres), y finalmente, que los desastres no son necesariamente inocuos respecto de las relaciones de género, sino que pueden tener efectos positivos y negativos respecto de la situación inmediatamente antes del desastre.

La aplicación del reconocimiento de vulnerabilidades y capacidades en las áreas descritas, en la desagregación por género, permite construir una matriz que facilita el análisis y la programación de forma comparada.

**MATRIZ DE ANÁLISIS DE VULNERABILIDADES Y CAPACIDADES,
DESAGREGADA POR GÉNERO**

	VULNERABILIDADES		CAPACIDADES	
	MUJERES	HOMBRES	MUJERES	HOMBRES
Físicas/materiales				
Sociales/organizativas				
Motivaciones/actitudes				

Fuente: Elaboración propia, con base en Anderson & Woodrow, 1989.

2.4. El análisis AVC a nivel sectorial

La propuesta de modelo analítico que hacen Anderson y Woodrow ha constituido un punto de partida básico para captar la temática de género y desastres. Como los propios autores señalan esta propuesta permite diferentes desagregaciones tanto temáticas como espaciales y temporales.

En esta dirección, el problema que plantea su propuesta es que la agregación de tres áreas generales (la física y material; la social y organizacional y la motivacional y actitudinal), es demasiado amplia y abstracta, especialmente para ser aplicada en la respuesta al desastre. De hecho, en una situación de emergencia hay temas que se manifiestan con regularidad y que se tratan desde una óptica sectorial, además de la necesaria coordinación integral. Por esa razón, el análisis de vulnerabilidades y capacidades de hombres y mujeres puede desagregarse según esos sectores recurrentes. De acuerdo a ese criterio, puede conformarse una matriz más adaptada a las necesidades de cada emergencia.

MATRIZ AVC DESAGREGADA POR GÉNERO, SEGÚN SECTORES

	VULNERABILIDADES		CAPACIDADES	
	MUJERES	HOMBRES	MUJERES	HOMBRES
Información/evaluación daños				
Salud				
Seguridad Alimentaria				
Vivienda				
Educación				
Infraestructura				
Desarrollo rural				
Empleo				
Situac. emocional/actitudinal				

Fuente: Elaboración propia, con base en Anderson & Woodrow, 1989.

Incluso, puede conformarse una matriz para cada sector de acuerdo a los ámbitos fundamentales en que ese sector necesite ser desagregado. Por ejemplo, puede elaborarse una matriz para el sector salud que integre aspectos como: agua y saneamiento, apoyo psicosocial, enfermedades transmisibles, atención de urgencia, alimentación y nutrición.

MATRIZ AVC DESAGREGADA POR GÉNERO PARA EL SECTOR SALUD

	VULNERABILIDADES		CAPACIDADES	
	MUJERES	HOMBRES	MUJERES	HOMBRES
Atención de urgencia				
Establecimientos de salud				
Aspectos psicosociales				
Enfermedades transmisibles				
Agua y saneamiento básico				
Alimentación y nutrición				

Fuente: Elaboración propia, con base en Anderson & Woodrow, 1989.

2.5. Análisis de Género de Vulnerabilidades y Capacidades (AGVC)

El análisis de la respuesta de mujeres y hombres ante situaciones de desastre puede, sin embargo, tener otra perspectiva. Una crítica que frecuentemente realizan los grupos de mujeres y las entidades que trabajan por la equidad de género, sobre el tipo de capacidades que muestran las mujeres y que, por consiguiente, son bienvenidas en situaciones de emergencia, refiere a que las mujeres realizan actividades que representan una reproducción de sus roles tradicionales de género: acondicionamiento del lugar de ubicación en el albergue, preparación de alimentos, cuidado familiar, etc.

Desde luego, la aplicación del AVC desagregado por género, propuesto por Anderson y Woodrow, nos permite reconocer más sistemáticamente las vulnerabilidades y capacidades de mujeres y hombres, pero el problema es que no nos dice nada respecto del contenido de género de dichas vulnerabilidades y capacidades, o, mejor dicho, nos las entrega sin desagregar entre las que reproducen los roles tradicionales y las que permitirían no hacerlo.

Dar un paso en la necesidad de esa distinción es lo que constituye la propuesta que se hace a continuación. El nuevo cruce que se propone es entre el binomio vulnerabilidad/capacidad y la distinción entre reproducción de roles tradicionales/flexibilización de roles (equidad de género). Ello compondría una matriz de doble entrada, para mujeres y hombres, que podría aplicarse bien de forma general o bien para cada ámbito de actuación.

**MATRIZ PARA ANÁLISIS DE GÉNERO DE
VULNERABILIDADES Y CAPACIDADES (AGVC)**

	DINÁMICA DE REPRODUCCIÓN DE ROLES TRADICIONALES	DINÁMICA DE FLEXIBILIZACIÓN DE ROLES Y EQUIDAD DE GÉNERO
<u>MUJERES</u>		
- Vulnerabilidades		
- Capacidades		
<u>HOMBRES</u>		
- Vulnerabilidades		
- Capacidades		

Fuente: Elaboración propia.

Esta matriz nos permitiría sistematizar la distinción entre capacidades de un tipo y otro. Por ejemplo, si las mujeres de Tegucigalpa, en la respuesta al desastre provocado por el huracán Mitch, han mostrado capacidades tales como preparación de alimentos, la coordinación de albergues, la distribución de alimentos, el cuidado familiar, etc., incluiríamos la preparación de alimentos en el espacio que responde al cruce entre capacidad y reproducción de roles tradicionales, mientras la coordinación de albergues la incluiríamos en el espacio de capacidad y dinámica de cambio.

**MATRIZ PARA ANÁLISIS DE GÉNERO DE
VULNERABILIDADES Y CAPACIDADES (AGVC)**
(Ejemplo)

	DINÁMICA DE REPRODUCCIÓN DE ROLES TRADICIONALES	DINÁMICA DE FLEXIBILIZACIÓN DE ROLES Y EQUIDAD DE GÉNERO
<u>MUJERES</u>		
- Vulnerabilidades	<ul style="list-style-type: none"> • <i>Falta de autonomía</i> 	<ul style="list-style-type: none"> • <i>Desconocimiento de la preparación de alimentos</i>
- Capacidades	<ul style="list-style-type: none"> • <i>Preparación de alimentos</i> 	<ul style="list-style-type: none"> • <i>Dirección de albergues</i>
<u>HOMBRES</u>		
- Vulnerabilidades	<ul style="list-style-type: none"> • <i>Disfunciones conductuales ante el estrés (violencia, alcoholismo, etc)</i> 	<ul style="list-style-type: none"> • <i>Rechazo del liderazgo social</i>
- Capacidades	<ul style="list-style-type: none"> • <i>Responsabilidad de protección</i> 	<ul style="list-style-type: none"> • <i>Preparación de alimentos</i>

Fuente: Elaboración propia.

Este esfuerzo de desagregación presenta algunas utilidades adicionales. Por un lado, mostraría cual es el espacio a desarrollar y fortalecer, tanto desde una perspectiva de respuesta a los desastres como desde la que persigue el incremento de la equidad de género. En la matriz, correspondería al casillero del cruce entre capacidades y dinámica de flexibilización de roles. De igual forma, nos muestra qué aspectos hay que superar con mayor urgencia: los correspondientes al casillero que cruza vulnerabilidades y reproducción de roles tradicionales.

**PRINCIPALES AMBITOS A FORTALECER Y SUPERAR
REGISTRADOS SEGÚN MATRIZ AGVC**

	DINÁMICA DE REPRODUCCIÓN DE ROLES TRADICIONALES	DINÁMICA DE FLEXIBILIZACIÓN DE ROLES Y EQUIDAD DE GÉNERO
<u>MUJERES</u>		
- Vulnerabilidades	<i>(Ambito a superar con urgencia)</i>	
- Capacidades		<i>(Ambito principal a fortalecer)</i>
<u>HOMBRES</u>		
- Vulnerabilidades	<i>(Ambito a superar con urgencia)</i>	
- Capacidades		<i>(Ambito principal a fortalecer)</i>

Fuente: Elaboración propia.

Por otra parte, también nos permite evidenciar algunas asimetrías de género que pueden ser de interés. Para seguir con el ejemplo anterior, la preparación de alimentos sería, en las mujeres, una capacidad que reproduce los roles tradicionales, mientras en los hombres constituiría una capacidad ante un desastre, pero que introduce una dinámica de flexibilización de roles.

Ciertamente, el modelo que se propone (AGVC) tiene su uso sobre todo en la planificación para la gestión de riesgos. La idea sería construir matrices con los conocimientos adquiridos en los distintos tipos de escenarios (a partir de las diferentes clases de amenazas), desagregadas según los sectores que más interesen en cada escenario. Ello facilitaría y mejoraría el trabajo de planificación de la prevención y manejo de desastres.

En cuanto al uso práctico de este modelo, parece conveniente establecer un proceso compuesto por dos fases. En la primera, se compilaría la mayor cantidad posible de vulnerabilidades y capacidades que se recuerdan en anteriores situaciones de desastres y las que aparezcan en una nueva emergencia. Es decir, en esta primera fase el esfuerzo fundamental estaría dirigido a integrar una matriz AVC desagregada por género.

Una vez realizada exhaustivamente esta revisión, se estaría en condiciones de comenzar a desagregar el origen de la dinámica de género de las distintas vulnerabilidades y capacidades de mujeres y hombres. Es decir, se construiría una matriz de análisis de género de vulnerabilidades y capacidades (AGVC). Probablemente, a la hora de hacer esta

distinción desde el enfoque de género se haría evidente la necesidad de revisar y discutir algunas de las vulnerabilidades o capacidades encontradas. Tras esta profundización en la desagregación, sería factible evacuar el resultado de las matrices en los planes generales de prevención y manejo de los desastres.

Este ejercicio de registro tiene su mayor utilidad desde una perspectiva temporal. Es decir, se trataría de consignar un registro estable en donde la información sistematizada de un desastre sirva como referencia en la eventualidad de uno nuevo. Ciertamente, si nos mantenemos en el espacio de la gestión del riesgo, no sería necesaria la llegada de un nuevo desastre para actualizar las matrices, puesto que en la gestión del riesgo se realizan actualizaciones periódicas de las vulnerabilidades y capacidades de las comunidades. En ese sentido, por ejemplo, se compararían las matrices AGVC de cada país centroamericano realizadas cada cierto período y así se comprobaría la evolución tanto de las vulnerabilidades y capacidades como de la equidad de género.